

LOS ANTECESORES

MAPUCHE
semillas de chile





El problema de los orígenes del pueblo mapuche interesó vivamente a los investigadores de comienzos del siglo xx. Algunos, basándose en argumentos etnográficos, sosténían que el “araucano” era un producto del mestizaje surgido como consecuencia de la irrupción de un grupo étnico conocido como *moluche*, grandes guerreros y cazadores que habitaban las extensas pampas argentinas, quienes habrían conquistado los territorios ubicados entre los ríos Bío-Bío y Toltén. Al mezclarse con la población autóctona, de costumbres sedentarias y agrícolas, este grupo habría quebrado la homogeneidad racial que existía entre el río Choapa y la isla de Chiloé. Se creaban así tres grupos: los picunches, habitantes del norte del Bío-Bío; los araucanos, población mestiza entre el Bío-Bío y el Toltén; y los huilliches, ubicados al sur de este último río.

Otros investigadores rechazan este mestizaje y abogan a favor de la unidad étnica del mapuche y su parentesco con las culturas septentrionales. Los trabajos arqueológicos y etnográficos de estas últimas décadas han puesto más énfasis en la historia cultural de los pueblos que habitaron en el sur de Chile, que en sus orígenes.

De esta manera, se ha comenzado a develar un panorama muchísimo más rico, variado y dinámico que el propuesto en épocas anteriores. Sabemos que desde hace varios milenios el hombre ocupó los ricos ambientes del litoral, aprovechando los inagotables recursos que ofrecía el mar, complementado con la recolección de vegetales y caza de aves y fauna de la región. A mediados del primer

p. 37 Familia mapuche.
Fotografía de Valek por cortesía del Museo Histórico y Antropológico Mauricio van de Maele, Valdivia, Chile; publicado en Alvarado et al. 2001.

p. 38 Figura antropomorfa bifronte (Nº 1923).
Fotografía de F. Maldonado.

milenio de nuestra era, llegaron poblaciones que ya conocían el arte de la cerámica y cultivaban algunos productos agrícolas en pequeños huertos, para lo cual despejaban los bosques y aprovechaban las lluvias de temporada. Los arqueólogos han dado el nombre de Pitrén a estos pueblos por haber sido detectados primeramente en este sitio, cerca del lago Calafquén. Estas agrupaciones se establecieron principalmente en las orillas de los lagos precordilleranos de la región, lo que permite sugerir una economía basada en la recolección. Enterraban a sus muertos con ofrendas, de las cuales han permanecido cántaros de cerámica muy bien facturada y cocida, con decoraciones incisas y modelados, a menudo de formas antropomorfas o zoomorfas, los que a veces conservan restos de pintura resistente en su superficie.

Alrededor de cinco siglos más tarde, al sur del río Bío-Bío aparecen asentamientos humanos que dejaron allí sus cementerios con enterramientos de párvulos y adultos en grandes urnas de cerámica, acompañados de ofertorios con cerámica pintada con líneas negras o rojas sobre engobe blanco y a veces con restos de adornos de cobre. Estos sitios funerarios se encuentran generalmente ocupando el valle central al lado de los ríos, con una notable concentración en la zona de Angol y específicamente en la localidad de El Vergel, sitio cuyo nombre también alude a estos antiguos habitantes. Muy probablemente estos pueblos ya cultivaban maíz, porotos, quínoa (o *dawe*, pequeño grano indígena), ají y calabazas en las riberas y lugares húmedos y hacían incipientes canalizaciones para regadío. Este

Mortero antropomorfo.
Fotografía de E. Maldonado.



énfasis agrícola de las agrupaciones El Vergel es sugerido por la ubicación de los cementerios en lo que ha sido hasta hoy uno de los centros agrícolas más importantes de la zona, por la calidad de su tierra y la protección de la cordillera de Nahuelbuta, que le da condiciones de mayor continentalidad.

La gente de El Vergel debe haber tenido contactos con la gente de Pitrén, pues se ha demostrado la coexistencia de ambas agrupaciones ocupando lugares diferentes. Por otra parte, también está documentada para esta época la presencia de grupos cazadores y recolectores en la cordillera pertenecientes a otra tradición cultural.

El impacto de la conquista hispana de estos territorios produce un fuerte y súbito trastorno en la vida de las poblaciones autóctonas, las que responden a la presión conquistadora con una fuerte cohesión. Una explicación viable para este proceso es que los diferentes pueblos que habitaban estos territorios se unen, incorporando elementos étnicos y culturales serranos, transcordilleranos y también hispanos. Este verdadero proceso de homogeneización cultural ha llegado hasta nuestros días bajo el nombre de cultura mapuche.

Es así como hoy se advierten en el pueblo mapuche elementos de los primeros pueblos andinos que domesticaban los animales y las plantas, provenientes de su ancestro Pitrén. La tradición hortícola y la cerámica decorada, conocida hoy como Valdivia, seguramente le llegó a través de los pueblos El Vergel que también formaron parte de su acervo genético. Por último, la economía ganadera y la tradición ecuestre sin duda provienen de

elementos hispanos, que también se advierten en el mestizaje.

Queda, sin embargo, mucho camino que recorrer en estos campos. Se deben intensificar los estudios de los escasos restos humanos exhumados en cementerios, poner más énfasis en excavaciones estratigráficas y hacer trabajos comparativos en los distintos nichos ecológicos para contribuir a despejar las incógnitas que aún persisten. Desgraciadamente, las condiciones climáticas de la región conspiran contra la labor de los científicos, impiéndole la conservación de los restos orgánicos con lo que se pierde gran parte de las escasas fuentes de interpretación disponibles para dilucidar el pasado prehistórico del mapuche. Como contrapartida, sin embargo, el especialista cuenta con la presencia viva de la población actual, la que, a pesar de las influencias foráneas recibidas, conserva gran parte de su acervo cultural tradicional. El estudio de este material etnográfico, bien aprovechado, debería suplir con creces la falta de antecedentes arqueológicos.

Cántaro antropomorfo (Nº 1425).
Fotografía de F. Maldonado.

p. 44 — p.45 Primeras representaciones de indígenas “araucanos” en las crónicas de Fray Diego de Ocaña (1599-1605).





indio de la Valle de Aran.





Jarro o metawe (Nº 1481), cultura
Pitrén, siglo VII.

Fotografia de E. Maldonado.

Cabeza de maza con representaciones
zoomorfas (Nº 0215).





Pipas de piedra, o quitra,
siglos X - XVIII.
Fotografía de F. Maldonado.

LOS ANTECESORES

Olla bicroma (Nº 1429), estilo
Valdivia, siglos XVII – XIX.

